

dos partes con el título de: *Historia secreta de la corte de Berlín ó correspondencia de un viajero francés desde el 5 de julio de 1786 (1) hasta enero de 1787. Obra póstuma.* Esta obra contenía una copia de las memorias secretas que Mirabeau había enviado al ministro Calonne desde Berlín,

Brunswick y Dresde, y en las cuales había opiniones propias y confidencias de otros, no destinadas á la publicidad. Además, continuábanse en ella historietas muy picantes de la vida de la corte de Federico Guillermo II. Cuando apareció el libro, encontróse accidentalmente en París el príncipe

Écrit au ministre

de la guerre après avoir connu les
intentions du Roy, relativement à
la demande que l'on fait d'une ou
deux compagnies dans la marche
des pax Monsieur qui ne répondant
à vos Substituts vous leur rappeler
l'arrêt du Conseil
et les engages à y répondre avec
sagesse & convenance, Lui M. M. M.
debe avec le plus parfait attachement
Monsieur John les humbles obis
obéissant serviteur

Facsimile de una carta de Necker. (El original está en poder de M. Feuillet de Conches)

Enrique de Prusia, hermano de Federico el Grande, universalmente conocido como ardiente admirador de la Francia y de los franceses. Precisamente Mirabeau había gozado de la mas absoluta confianza de este príncipe, y sin embargo, hablando de él decía, entre otras cosas, el libro, con fecha de 26 de agosto de 1786: «El príncipe no puede dominar su rostro ni sus gestos; es falso y no puede ocultarlo: tiene ideas y un poco de talento, pero carece de opiniones propias. Pe-

(1) En el título se dice por equivocación 1776.

queñez en los recursos, en las ideas, en las pasiones, en las miras, todo es pequeño en el alma de este hombre; su espíritu tiene algo de gigantesco, pero se aparta de todo método: orgulloso como un advenedizo, frívolo como un hombre que menosprecia todos los derechos, ni puede dirigirse á sí mismo ni se deja dirigir: es, en suma, uno de aquellos ejemplos harto frecuentes de que un carácter pequeño puede matar las dotes mas esclarecidas (2).» Este solo párrafo basta para

(2) Tomo I, pág. 70.

dar á comprender la medida del escándalo que con la publicación de aquella obra se produjo. El fiscal supremo del Estado denunció el libro ante el Parlamento de París, el cual en una asamblea solemne plena, á la que asistieron los pares, mandó que fuese roto y quemado por mano del verdugo. Antes de que tal acuerdo se tomara (10 de febrero de 1789), Mirabeau, prevenido de antemano, escribió desde Aix al *Mercurio de Francia* una carta, que se insertó en 11 de febrero y en la cual negaba la paternidad de la obra, negativa que pertenecía al género de aquellas tanto mas comunes en Francia, como lo demuestra el ejemplo de Voltaire (1), cuanto que solo engañaban al que quería dejarse engañar y necesitaba un pretexto para no tener que intervenir en el asunto. Mirabeau no fué, pues, perseguido judicialmente, pero á lo menos la requisitoria de Segnier no le perdonó nada, pues calificó la obra de *miserable é indigna publicación*, y así fué estigmatizado y entregado al general desprecio «aquel autor anónimo que había residido en una corte con la apariencia de ingenuidad, sencillez y cordialidad, que en ella había trabado amistades, y que abusando de los sentimientos que inspiraba se había atrevido á descubrir particularidades cuyo conocimiento debía á la mas íntima confianza, á injuriar á los que le habían acogido bondadosamente y á llevar su impudencia hasta el punto de insultarlos con el mas odioso cinismo (2).»

Mirabeau para proporcionarse dinero hizo imprimir las copias de las memorias secretas que había enviado, y que no eran propiedad suya sino del Estado, sin tener para nada en cuenta el bien de este ni la sentencia moral condenatoria que con ello atraía sobre su persona. Pero esto no fué todavía lo mas censurable. Cuando á fines de mayo el diputado Malouet suplicó al ministro conde de Montmorin que oyerá al diputado Mirabeau que quería hacer revelaciones políticas, contestóle el ministro: «Me ha engañado indignamente, y ya he dicho á su amigo, el duque de Lauzun, que no quiero oír hablar mas de él. El señor de Lauzun me entregó el manuscrito de las cartas sobre Prusia diciéndome que el señor de Mirabeau quería hacer este sacrificio al rey y que renunciaria á su publicación si yo le pagaba lo que el editor le ofrecía, 300 lises en oro. Acepté el negocio y pagué la cantidad con la condición de que el señor de Mirabeau desistiera de sus pretensiones á la diputación y de su viaje á Provenza. Así me lo prometió, pero partió con el dinero del rey, que le sirvió para hacerse elegir, y no contento con eso y teniendo dos ejemplares del manuscrito, se valió del que le quedaba para hacer la publicación. ¿Qué confianza puedo tener en ese hombre (3)?»

En esta historia hay un dato inexacto y es el hecho de que Mirabeau prometiera no ir á Provenza ni presentarse candidato, pues en la enérgica carta que Montmorin escribió, en 26 de febrero de 1789, á Mirabeau, que se encontraba en Provenza (4), solo se hablaba del editor de la *Historia secreta*, á quien el ministro quería descubrir y castigar, pero nada se decía respecto de las elecciones en las cuales luchaba ya Mirabeau. Probablemente esto se explica por una promesa que por sí y ante sí hubiera hecho el duque de Lauzun solo para recibir el dinero, y que si bien podía servir de fundamento de conducta á Montmorin, no podía ser reconocida como una obligación por Mirabeau.

Pero aun prescindiendo de este detalle, siempre nos encontraremos con un proceder cuya defensa se hace imposi-

(1) F. II.

(2) Laboulaye: *Mirabeau. Revue des cours littéraires*, V, pág. 803.

(3) *Mémoires de Malouet*, I, pág. 314.

(4) Publicada por Bacourt: *Correspondance entre le comte de Mirabeau et le comte de la Marche*, I, págs. 342-343.

ble (5). En vano refirió Mirabeau al que hasta entonces había sido su amigo é influyente protector, el obispo de Autun (príncipe, despues, de Talleyrand), una historia de un infeliz librero, cuya esposa, querida suya, le sustrajo el manuscrito y lo vendió al impresor Lejay para pagar á los acreedores de su marido (6). El modo infame como hizo traición á la confianza en él depositada no le será perdonado nunca. En materia de dinero Mirabeau fué desde entonces considerado por aquellos que de aquel hecho tuvieron noticia como hombre de mala fe, ó por lo menos tan poco escrupuloso, que el mas ardiente admirador de su talento y el que menos ha censurado sus flaquezas no ha podido legitimar ni uno solo de sus actos en esta clase de cuestiones (7).

Pero á la verdad, dice un biógrafo, sin este golpe de mal género su absoluta miseria le hubiera impedido emprender el viaje á Provenza y ser diputado; á lo menos consiguió esto, y por cierto en circunstancias muy propias para entusiasmar á quien como él estaba tanpreciado de su propio valer.

En la nobleza de Provenza predominaban las mismas ideas que en la de Bretaña; la primera señal de vida que dió aquella nobleza fué tambien una protesta contra la ley electoral de 27 de diciembre. Contra esta protesta habló indignado Mirabeau en la asamblea de nobles que en 21 de enero se reunió en Aix. Todo en vano: la nobleza no solo persistió en ella, sino que llegó hasta desenterrar un antiguo reglamento de 1620, en virtud del cual solo los nobles que realmente eran poseedores de feudos tenían derecho á sentarse en la asamblea provincial de la nobleza. Contra este acuerdo que privaba de sus derechos á una multitud de nobles, en cuyo número figuraba Mirabeau, se levantó este pronunciando en 23 de enero un segundo gran discurso, y para destruir el sistema de clases, que hacia imposible su elección para la Asamblea general, publicó un folleto con el título de: «Discurso sobre la representación ilegal de la nación provenzal en sus estados actuales y sobre la necesidad de convocar una asamblea de los tres brazos.» Esta publicación era una declaración de guerra, y en este concepto fué considerada y contestada; y como la asamblea había suspendido sus tareas hasta el 10 de marzo, hubo de seguirse la polémica en la prensa. Por este medio publicó Mirabeau en 5 de febrero un fogoso discurso del cual merecen citarse dos famosos párrafos. En uno de ellos dice: «En todos los países y en todas las épocas los aristócratas han perseguido con odio implacable á los amigos del pueblo; y cuando por un capricho del destino ha sobresalido alguno de entre ellos mismos, lo han arrojado inmediatamente de su seno para infundir el terror por la espontaneidad de su sacrificio. Así murió el último de los Gracos á manos de los patricios; sin embargo, herido de muerte, arrojó polvo al cielo é invocó á los dioses vengadores, y de aquel polvo nació Mario, que si obtuvo gloria con la derrota de los cimbrios, mayor la alcanzó con la destrucción de la soberanía de la nobleza en Roma.» Al final del escrito decía: «Por lo que toca á mí, que en el curso de mi carrera

(5) Su hijo adoptivo, Lucas Montigny, que publicó sus Memorias, dice (V, 239): «No seré yo, biógrafo de buena fe, quien emprenda la justificación de un acto que por lo menos indica falta de delicadeza y de prudencia; lo único que puedo hacer es recomendarlo á la indulgencia y relegarlo al olvido como todos aquellos, pocos en número por fortuna, que obligan á los amigos de Mirabeau á gemir y á callarse.»

(6) Bacourt, obra citada, págs. 345-346.

(7) Acerca de las censuras de sus amigos por este hecho, escribía en 10 de febrero de 1789: «Nada contestaré á sus prosopopeyas ni á las vuestras respecto del odio que, según decís, profesa ó profesará el público al autor de esa obra que mete tanto ruido. Conozco los hipócritas de virtud, el fanatismo de la moda y la moda del fanatismo, y las palabras nunca ó siempre me parecen arriesgadas tratándose de un público francés.» *Mémoires*, V, pág. 272.

pública no he conocido mas temor que el de estar fuera del derecho; que, apoyado por mi conciencia y armado con mis principios, lucharía contra el mundo entero, concededme que pueda trabajar y votar por vosotros en la Asamblea nacional, y puedan mis deseos convenceros de que no me dejaré amedrentar por vana gritería ni por ofensivas protestas ni por apasionadas amenazas, ni, en una palabra, por las convulsiones de la superstición moribunda. ¡Ah! ¿cómo intimidar á un ciudadano que en su carrera pública se ha dejado censurar, que ha sido el primero en expresar en alta voz su opinion sobre los asuntos del país en una época en que las circunstancias no eran tan apremiantes y en que su mision era mas peligrosa? No, los ultrajes no intibiarán mi perseverancia. He sido, soy y seré hasta la muerte el hombre de la libertad pública, el hombre de la Constitucion. ¡Ay de las clases privilegiadas si un hombre como yo llega á ser el hombre del pueblo antes que el de la nobleza, pues los privilegios perecerán y el pueblo no muere nunca!»

La sensacion que los discursos impresos de Mirabeau produjeron en el pueblo, se vió claramente cuando, despues de una corta permanencia en Paris, regresó á Provenza. En Aix y en Marsella se le tributaron honores como á un rey que vuelve triunfante de una guerra nacional. Pueblo y corporaciones, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, todos se precipitaban á saludar al padre de la patria y aclamarle con loco entusiasmo (1). A él, al ídolo de las masas, acudió en demanda de auxilio el comandante de la provincia, conde Caraman, cuando en 22 de marzo estallaron en Marsella serios motines, y Mirabeau, organizando la burguesía contra la plebe, encontró medios para restablecer el orden y la tranquilidad (2). Mientras así gobernaba en Marsella como dictador, ocurrió en Aix una sangrienta colision entre el pueblo y las tropas: allí acudió Mirabeau, mostrando una presencia de espíritu que cautivó á todos. Previéndose en el mercado de la propia villa un tumulto por cuestion del pan, se reunió una milicia ciudadana que Mirabeau habia organizado durante la noche y al frente de la cual iba él en persona como tribuno que no necesita mas que hablar para ser obedecido, «como un padre adorado por sus hijos.»

Dados esos antecedentes, se adivinaba que obtendria un triunfo excepcional en las elecciones. En ambas ciudades fué elegido diputado por el tercer estado; pero, renunciando al mandato de Marsella, se presentó en Versalles como representante del tercer estado de Aix, decidido de antemano á no limitarse al papel de orador parlamentario. Apenas se presentaron los diputados en la corte, cuando el primer número del *Diario de los Estados generales*, por él fundado, censuró duramente aquel ceremonial humillante para los plebeyos, tomado de la etiqueta cortesana de 1614, que no se avenia con el espíritu dominante en 1789. General descontento causó en particular la disposicion adoptada por el gran maestro de ceremonias, marqués de Brezé, en virtud de la cual todos los diputados del tercer estado debian usar traje negro, fundándose para ello en que todos ellos habian sido jurisconsultos y en que tal era el uniforme de estos en 1614 (3).

El día 4 de mayo se celebró la procesion solemne de los diputados y de la corte, que saliendo de la iglesia de Nuestra Señora se dirigió, recorriendo toda la ciudad, hácia la iglesia de San Luis. Espectáculo fué aquel que no se borró de la memoria de cuantos lo presenciaron (4). Las anchas

(1) *Mémoires*, V, pág. 248.

(2) *Mémoires*, V, pág. 292.

(3) *Mémoires de Mirabeau*, VI, pág. 35

(4) Michelet: *Histoire de la Révolution française*, Paris, 1868, I, página 102.

calles de Versailles, por donde pasó la comitiva, cuya carrera formaban los guardias franceses y suizos, no podían contener el inmenso número de espectadores; de Paris habían acudido allí muchos millares de personas; las ventanas y las azoteas estaban llenas de gente, y en los balcones, adornados de tapices, flores y plumas, brillaban las damas vestidas con los mas ricos trajes de la época, viéndose entre ellas, al lado de la condesa de Montmorin, á la hija de Necker, la ilustre Mad. Stäel, que con tan vivos colores nos pinta la emocion con que presenció aquel espectáculo (5).

Abrian la comitiva 550 delegados del tercer estado, que todavía no tenia allí completa su representacion; distinguíanse por su traje negro y marchaban con paso firme, siendo por do quier saludados con estas palabras: «¡Valor, bravos ciudadanos!» Entre ellos iba el conde de Mirabeau, de cuerpo grueso y musculoso, cabeza grande y melenuda, con la fatiga y el sufrimiento pintados en el semblante y con dos brillantes ojos que parecian decir: desafío á los que se atreven á manifestarme desprecio. «Era difícil, dice la Stäel, apartar de él los ojos cuando se habian fijado una vez en él: su extraordinaria cabellera le hacia sobresalir por encima de todos: á haber residido en ella su fuerza, hubiera sido la de Sanson; la fealdad de su rostro le daba mayor expresion y el conjunto de su persona era la imágen de un poder salvaje, tal como nos lo figuramos en un tribuno popular.» La hija de Necker, cautivada por lo grande del espectáculo, se entregó por completo á la alegría de ver reunida por vez primera la representacion del pueblo francés; pero la condesa de Montmorin le dijo con un tono enérgico que la sorprendió: «Haceis mal en regocijaros: de todo esto saldrán males sin cuento para la Francia y para nosotros (6).»

El pueblo solo tuvo afecto y aclamaciones para el tercer estado; ninguna demostracion de simpatía tuvo para el grupo de la nobleza, que desfilaba por delante de él con sus relucientes sables, sus flotantes plumeros y sus trajes recamados de oro, y mucho menos para los morados trajes de los prelados, que estaban separados por una música, de los doscientos curas. El rey fué acogido con grandes aclamaciones; en cambio la reina no fué aclamada por nadie, y aun hubiera podido darse por muy satisfecha con que se la acogiera con un silencio absoluto: léjos de esto, las mujeres callejeras le lanzaron la siguiente exclamacion que le heló la sangre en las venas: «¡Viva el duque de Orleans (7)!» El duque de Orleans era el mayor de sus calumniadores y el mas implacable de sus perseguidores. La reina estuvo á punto de sufrir un síncope, y los que la rodeaban tuvieron que sostenerla para que no cayera: entonces necesitó de toda la fortaleza de alma de que tantas pruebas dió despues, para ponerse sobre sí y proseguir con ánimo sereno su marcha.

De entre todos los miembros de la asamblea, solo uno se sentia con verdadera energía, y era el conde Mirabeau. Su gran día habia despuntado, el tiempo de mostrar su talento y su poder habia llegado. Habíase operado un movimiento que ahogaria el antiguo mundo y crearia otro nuevo. Con el antiguo pensaba enterrar su vida de jóven, y con el nuevo llegar á ser otro hombre y saldar las deudas de su pasado con grandes servicios prestados al país. Con la admiracion y la gratitud de su pueblo se persuadia de que habria conse-

(5) *Considérations sur la rep. française*, I, pág. 184.

(6) En efecto, como dice la Stäel, «aquella infeliz señora y toda su familia tuvieron un fin desastroso: ella y uno de sus hijos murieron en el cadalso; el otro enfermó; su esposo fué muerto el día 2 de setiembre de 1792; su hermana mayor murió en la cárcel, la menor en Gram á los treinta años de edad. La familia de Niobe no padeció tantos martirios como aquella pobre madre: parecia como si hubiera presentado su suerte.» *Considérations*, I, pág. 187.

(7) Campan: *Mémoires*, II, pág. 37.

guido aquello por lo cual mas suspiraba su alma, es decir, el mas precioso de todos los bienes: la regeneracion de su personalidad y la reconquista de un nombre glorioso. «Con franqueza suma, decia su amigo Dumont, solia confesar los pecados y pasiones de su juventud y lamentar los errores en que se habia perdido, pero al propio tiempo se anunciaba como hombre que quiere enmendar las faltas cometidas utilizando sus talentos en pro de la humanidad y de la libertad, de las cuales prometia que no le habia de separar ya mas mira alguna interesada. En medio de sus excesos habia conservado cierta elevacion de ideas y cierta dignidad, con una firmeza de carácter que le ponía por encima de todos los mortales y de todos los fantasmas que en Paris se encontraban. Tentado estaba uno de disculparle con las circunstancias en que se encontró y de pensar que sus virtudes eran méritos propios y sus faltas no eran culpa suya (1).»

Al siguiente día quiso ya poner manos á la obra. La asamblea de los Estados debia comenzar sus tareas el 5 de mayo; Mirabeau tuvo por cosa cierta que Necker persistiria en desempeñar el papel que con la proposicion del 27 de diciembre se habia trazado; así es que cuando despues el ministro dejó sin resolver lo que desde un principio debia haber resuelto, solo habia un medio para evitar el mal, cuya magnitud no sospechaba Necker, y este medio fué el que adoptó Mirabeau dirigiendo al rey, en cuanto el ministro hubiese terminado su discurso, una allocucion cuyo texto habia escrito cuidadosamente de antemano.

El manuscrito autógrafo de aquel discurso se ha encontrado entre la herencia de uno de sus secretarios, y merece reproducirse porque no pudo ser pronunciado.

«Señor, queria decir Mirabeau, vuestros súbditos suplican á V. M. que permita discutir, antes de que la asamblea se separe, si los miembros que la componen deben permanecer separados. Reunidos en virtud de orden vuestra, constituimos la representacion nacional en cuanto lo permite una convocacion. Presididos por V. M., nosotros y solo nosotros tenemos el derecho de fijar la forma de nuestras discusiones; V. M. en cambio tiene el indiscutible derecho de impedir que se resuelva antes de ser bien examinada la importante cuestion de si los estados deben separarse ó permanecer unidos. Resuelta quedaria ciertamente si V. M. quisiera que comenzáramos por separarnos; pero el estado natural de toda asamblea es evidentemente la union de todos sus miembros, los cuales por su naturaleza constituyen una unidad mientras no se separan. Para resolver si deben separarse es preciso dejar que antes se reúnan, pues seria una verdadera anomalía comenzar por separarlos para saber si deben estar reunidos.

»Señor, los municipios agradecen á V. M. la solemne ley de bondad y de justicia que ha reconocido por fin á la nacion en los Estados del Reino y que ha puesto los privilegios de ciertas clases al nivel por lo menos de los derechos de todos los franceses. ¡Completad vuestra obra, magnánimo príncipe! Habeis tenido el alto pensamiento y el virtuoso deseo de someter vuestras propias prerogativas á la discusion del pueblo, de ese pueblo del cual emana indudablemente todo poder y que por aclamacion os entregaria el cetro si ya no lo tuviérais en vuestras manos. ¿Podráis vacilar en permitir que ese pueblo examinara las ambiciosas pretensiones de algunos privilegiados, que pretenden decidir una cuestion que solo puede resolver la voluntad de todos? No confie V. M. á las preocupaciones de los estados lo que debe caer bajo el dominio de la razon de todos. No someta á los azares del juego el fruto del acto mas bello de su gobierno; no rechace V. M.

(1) Dumont, págs. 27-28.

el único medio que tiene de conocer y realizar la verdadera voluntad nacional. Digno de tomarse en cuenta es el temor de que la presencia de V. M. pueda influir en nuestras deliberaciones; pero conviene disipar en el ánimo de V. M. ciertas dudas acerca de la justicia de nuestros mas ardientes deseos, y los municipios suplican á V. M. que permita que esa gran cuestion, que ha de decidir acerca de la suerte de esta asamblea y del porvenir de la misma monarquía, sea discutida en vuestra presencia. Entonces comprenderá V. M. fácilmente de parte de quién están el derecho, la verdad, las buenas intenciones, el celo en favor del trono y el amor á la sagrada persona de V. M.

»Pongo mi súplica escrita á los pies de V. M. y pido que sea incluida en el acta de la asamblea.

»En la Asamblea de los Estados á 5 de mayo de 1789. — *El conde de Mirabeau* (2).»

CAPITULO II

LA ASAMBLEA DE LOS ESTADOS GENERALES Y LA ASAMBLEA NACIONAL

En el gran salon de Versailles conocido por *Salle des Mémoires* (3), adornado con veinte columnas dóricas de arte y gusto exquisitos, y capaz para 5,000 personas, salon que hoy no existe, tuvo efecto en el memorable día 5 de mayo de 1789 la apertura solemne de la Asamblea de los tres estados, que hacia ciento setenta y cinco años que no habian sido reunidos. A los lados de aquel inmenso salon estaban sentados el clero y la nobleza con sus lujosos y brillantes trajes; en el centro el tercer estado, y en un estrado que se alzaba frente á él estaba el rey con toda la corte, y al pié, junto á una mesa cubierta con un tapete verde, los ministros y los consejeros de Estado. En el espacio comprendido entre las columnas, lo mismo que en las tribunas superiores, habia mas de 2,000 espectadores, señoras y caballeros, con sus mas ricos trajes de gala.

«El monarca, dice un testigo presencial (4), tiene un papel en la mano que apoya en el trono; un silencio absoluto reina á su alrededor; nadie se atreve á respirar; los oidos escuchan atentamente. La primera palabra que salga de labios del rey debe romper aquel silencio que ha durado cerca de dos siglos. Despues de dirigir un momento su vista á todos los ámbitos del salon, dice con voz clara y sonora: «Señores: El día que tan ardientemente deseaba mi corazon, ha llegado por fin y hoy me veo rodeado de los representantes de la nacion que me enorgullezco de gobernar. Un largo período ha transcurrido desde la última reunion de los Estados del Reino; y á pesar de que la convocacion de tales asambleas parecia fuera de uso, no he vacilado en reanudar una tradicion que puede dar nuevas fuerzas al Reino y ser para la nacion nuevo manantial de felicidad. La deuda pública, que ya era inmensa al encargarme yo del gobierno, se ha aumentado durante mi reinado, pero la causa ha sido una guerra gloriosa. El aumento de los impuestos tenia que ser la consecuencia necesaria de la guerra, lo cual ha hecho mas sensible la desigualdad de su reparto. Por otra parte, una intranquilidad general, un temerario deseo de novedades se ha apoderado de los ánimos, y acabaria por extraviar la opinion si

(2) Passy: *Frochot, préfet de la Seine*. Evreux, 1867, págs. 9 á 11. La fecha 5 de marzo que consta en el original ha sido escrita ó impresa equivocadamente en vez de 5 de mayo.

(3) *Histoire de la Révolution française par deux amis de la liberté. Nouvelle édition*. Paris, 1792, I, pág. 166 (impresa por primera vez en 1790).

(4) Idem, pág. 168.